

los hombres que así piensan, y que procuran realizar sus detestables proyectos, difícilmente percibirán las bellezas que contiene el drama religioso de Tirso.

Hemos expuesto ya el dogma teológico en que este se funda, y que contiene el símbolo del hombre precito y el predestinado; y lo hemos hecho descendiendo tal vez á comparar la época moral en que se escribió, con esta en que nosotros escribimos. Así nuestros lectores conocerán mejor la diferencia del estado social de uno y otro tiempo, y juzgarán mejor del mérito de la obra.

En el plan que Tirso se propuso, en la idea y el pensamiento de su creación, preciso fué que demostrase en sus héroes la existencia del libre albedrío, para que sus actos diesen motivo á la justicia divina, en su fallo definitivo, de condenar al uno y salvar al otro. Con efecto, avisos y auxilios de igual clase reciben; pero cada cual los aprovecha ó rechaza según su voluntad.

El penitente Paulo, que por diez años resistió las mas fuertes tentaciones, obteniendo por ello favores muy especiales del cielo, en un momento de tibieza abrió su corazón al enemigo del género humano. Desconfía de Dios y pretende arrancarle el secreto de su destino, como si la fe en lo revelado no le asegurase que el premio y castigo será según las obras del hombre. Cayó el santo en el instante de la prueba, cuando Dios en castigo de sus dudas soberbias le retiró sus auxilios eficaces; y cayó sin remedio, porque no quiso probar á vencer con los comunes, ó al menos á resistir con ellos. Acométele el demonio con permiso de Dios por el lado que flaquea, y tiéntale como á otro Job; pero Paulo, que no es paciente ni humilde, no se doblegará como Job á la voluntad suprema. Había el *Desconfiado* pedido que se le revelase el destino que tendría en la otra vida, y el *Tentador*, que le ve vacilante en la fe, confía en hacerle suyo. Preparando una insidiosa respuesta á la indiscreta pregunta, se expresa de esta manera:

(Pág. 183, col. 1.ª)

Y así me ha dado licencia
El juez mas supremo y recto
Para que con mis engaños
Le incite agora de nuevo.
Sepa resistir valiente
Los combates que le ofrezco,
Pues supo desconfiar
Y ser como yo, soberbio.
Su mal ha de restaurar
De la pregunta que ha hecho
A Dios, pues á su pregunta
Mi nuevo engaño prevengo.
De ángel tomaré la forma,
Y responderé á su intento
Cosas, que le han de costar
Su condenación, si puedo.

Desde este punto, el demonio no seguirá á su presa en el campo de batalla donde tantas veces fué vencido, ni serán sus armas los deleites y ambiciones mundanales. Conocida la flaqueza de Paulo, por ella intentará vencerle en la cruda guerra que le prepara. Disfrazado de ángel se le aparece, y le ordena que se dirija á Nápoles, donde observando á Enrico, podrá conocer su propia suerte final, pues Dios ha decretado que sea una misma la de entrambos. Con tal aparición, como primer aviso del cielo, siente Paulo un frío pavor que le hiela el alma, y contrasta con la regalada dulzura que gozaba cuando disfrutó favores en éxtasis divinos. Sin embargo, la curiosidad y la desconfianza que le aquejan, le impiden aprovecharse de este recelo. Dando, pues, crédito á la insidiosa visión, encaminase á Nápoles, persuadido de que Enrico sería un modelo de virtudes y de penitencia; mas; cómo se engañaba! Apenas llega á las puertas de la ciudad, cuando encuentra al hombre que buscaba, no como presumió, ocupado en buenas obras, mas circuido de viles rufianes, de ramerías disolutas y de infames asesinos que le coronan

por el mas perverso de todos, despues de oír de su propia boca la relación de sus crímenes, asesinatos, robos, estupro, adulterios y sacrilegios. Véase aquí cómo el poeta prepara los medios y motivos con que la desconfianza crezca y se arraigue mas y mas en el alma del protagonista; véase como penetrado en lo mas íntimo de la humana naturaleza, sigue sin desviarse la pendiente de una primera falta, y adivina sus consecuencias.

Despues de cerciorarse que el hombre á quien buscaba como modelo de virtud, es en realidad el mas malo de la tierra, Paulo, que á pesar de su austera y penitente vida desconfió de su propia salvación, ¿cómo creará que el malvado Enrico puede salvarse? Si una ha de ser la suerte de ambos, según se le respondió en la visión que tuvo, cierto está ya de condenarse, y por lo tanto quiere como Enrico seguir la carrera del crimen, y excederle en maldades, si es posible. Resuélvese en fin á esto, y partiendo á las montañas, testigos de su penitente vida, hará que también lo sean con asombro de sus delitos. Como potro desbocado, como hambriento y rabioso lobo, se lanza en el camino de perdición, y convertido en capitán de feroces bandoleros, destroza, asesina, y se baña en la sangre de cuantos vienen á su poder. Cuando fatigado, y no harto de carnicería y de matanza, intenta reposar y queda solo y entregado á sí mismo, si algun remordimiento le persigue, luego le rechaza y aboga, oponiéndole la memoria de Enrico y la revelación que tuvo, y que presume divina. En uno de estos momentos críticos se expresa así:

(Pág. 193, col. 3.ª)

Enrico, si desta suerte
Yo tengo de acompañarte,
Y si te has de condenar,
Contigo me has de llevar;
Que nunca pienso dejarte.
Palabra de un ángel fué;
Tu camino seguiré;
Pues cuando Dios, juez eterno,
Nos condenare al infierno,
Ya habemos hecho por qué.

Inspirado el poeta por el dogma consolador de la misericordia, y penetrado de las vías de Dios, no presentará al delincuente abandonado de nuevos y poderosos auxilios con que pueda vencer su voluntad depravada; culpa suya será si los desprecia. Para neutralizar los efectos de la primera visión, un ángel verdadero, en forma de pastor, se aparece á Paulo. Desciende de la montaña tejiendo la corona que destinaba al justo, y canta la piedad de Dios y la facilidad con que perdona al pecador arrepentido. En un bello diálogo y en un buen romance reprende el ángel al bandolero su desconfianza, y con ejemplos repetidos le demuestra que nunca debe desesperarse de la salvación. Titubea Paulo un momento en sus malos propósitos, y se expresa de este modo:

(Pág. 194, col. 1.ª)

Este pastor me ha avisado
En su forma peregrina,
No humana, sino divina,
Que tengo á Dios enojado
Por haber desconfiado
De su piedad (claro está);
Y con ejemplos me da
A entender piadosamente
Que el hombre que se arrepiente,
Perdon en Dios hallará.
Pues si Enrico es pecador,
¿No puede también hallar
Perdon? Ya vengo á pensar
Que ha sido grande mi error.

Pero como la tentación prosigue, cuando la voluntad no persevera en resistirla, y cuando la razón humana no cede á la fe divina; el orgulloso Paulo que desconoce estas verdades, reincide bien pronto en su desconfianza, y sin combatir siquiera, se rinde á ella diciendo:

¿Mas cómo dará el Señor
Perdon, á quien tiene nombre
¡Ay de mí! del mas mal hombre
Que en este mundo ha nacido?
Pastor, que de mí has huido,
No te espantes que me asombre.
Si él tuviera algun intento
De tal vez arrepentirse,
Lo que por engaño siento
Bien pudiera recibirse,
Y yo viviera contento.
¿Por qué, pastor, queréis vos
Que en la clemencia de Dios
Halle su remedio medio?
Alma, ya no hay mas remedio
Que el condenarnos los dos.

He aquí cómo la razón ensoberbecida extravía la voluntad é inutiliza los auxilios divinos, que inclinan, pero no fuerzan el uso del libre albedrío.

Aprovechase el demonio de la ocasión para armar á Paulo nuevos lazos. Enrico, perseguido de la justicia á causa de sus desafueros, se arroja al mar fugitivo, y como por milagro, rompiendo las embravecidas olas, arriba á las playas donde Paulo aterraba el mundo con escándalos continuos. Cae aquel en sus manos, y mas que nunca obstinado y ciego en tentar la Providencia, se propone someterle á la mas terrible y decisiva prueba que pudo imaginar. No bien, maldiciendo y blasfemando de Dios en vez de tributarle gracias, hubo Enrico tocado en la playa, cuando los bandoleros por orden de su jefe, le atan á un árbol, y vendándole los ojos, le anuncian el término fatal de su vida. Nada empero le aterra, burlase de Dios, insulta á los hombres, y riase de la muerte: no parece sino que la soberbia y orgullosa inteligencia del hombre quiere luchar y vencer la del Creador. Entónces Paulo se le presenta vestido de ermitaño, y le exhorta á la penitencia con tanto mas ahínco é interes, cuanto cree que la salvación de Enrico será prenda segura de la suya. ¡Vanos esfuerzos! el aire se lleva sus palabras, porque el bandolero se mofa de ellas, y pide que le acaben para llegar mas pronto al infierno. La obstinación de Enrico le salva la vida, pues el *Desconfiado*, temeroso de que muera impenitente y se condene, impide que los bandidos le asesinen.

Hecha esta terrible prueba, afirmase Paulo mas y mas en el error, que era justo castigo de su temeridad impía. Cada vez mas convencido de hallarse condenado, cuenta su vida y la causa de sus penas al que considera como compañero en desdichas. ¿Quién lo pensara? El desalmado Enrico, el blasfemo, el asesino, el que nunca hizo mas bien que respetar á su padre, el que con la muerte á los ojos despreció los auxilios de la religión; este mismo al fin, tan duro, tan obstinado, reprende á Paulo su conducta, le afea su desconfianza, y le afirma que aunque se considera tan perverso y eriminal, siempre ha esperado salvarse: hé aquí el modo con que se explica:

(Pág. 298.)

Yo soy el hombre mas malo
Que naturaleza humana
En el mundo ha producido;
El que nunca habló palabra
Sin juramento; el que á tantos
Hombres dió muertes tiranas;
El que nunca confesó
Sus culpas, aunque son tantas;
El que nunca se acordó
De Dios y su Madre Santa;
Ni aun ahora lo hiciera,
Con ver puestas las espadas
A mi valeroso pecho;
Mas siempre tengo esperanza
En que tengo de salvarme,
Puesto que no va fundada
Mi esperanza en obras mías,
Sino en saber que es humana

Dios con el mas pecador,
Y con su piedad se salva.

Y luego, no desmintiendo su carácter, continúa:

Pero ya, Paulo, que has hecho
Ese desatino, traza
De que alegres y contentos
Los dos en esta montaña
Pasemos alegre vida,
Mientras la vida se acaba.
Un fin ha de ser el nuestro:
Si fuere nuestra desgracia
El carecer de la gloria
Que Dios al bueno señala,
Mal de muchos gozo es;
Pero yo tengo confianza
En su piedad, porque siempre
Venice á su justicia sacra.

Ambos bandoleros son, como se ha visto, detestables; pero; cuánta diferencia hay entre el que espera y el desesperado!; cómo el poeta, moralista y profundo observador de las pasiones, ha sabido caracterizarlos y distinguirlos, escudriñando el diverso origen de unos mismos actos! El uno es malo por aturdimiento, y por hábito de no ser bueno; pero si no busca, tampoco rehusa la expiación de sus crímenes por medio del arrepentimiento: al contrario el otro, que ejerció la virtud, que fué regalado de Dios, se vuelve luego contra él, le insulta con despecho, y pretende traerle á juicio ante su miserable y ciego orgullo y su razón extraviada. Enrico no cierra los caminos á la gracia; antes con la esperanza los facilita, mientras Paulo la repele de sí siempre que los auxilios del cielo y los remordimientos llaman á su corazón.

En el supuesto de que un mismo fin han de tener, conciertan pasar la vida juntos ambos bandoleros; pero acordándose Enrico de su anciano padre, determina volver á Nápoles para socorrerle y traerle consigo, á pesar de los riesgos de la empresa. Con efecto, al realizarla cae en poder de la justicia, que le conduce á un calabozo, donde comete mas desafueros y delitos. Allí, mas veces despreciando los auxilios divinos, y otras resistiendo las ocasiones de fugarse que le ofrece el demonio, pasa su tiempo hasta que se ve notificado de muerte. Ni aun entónces se doblega al yugo de la religión: niegase á la penitencia, diciendo que si Dios es misericordioso y puede, le salve sin tantas ceremonias, y sino que le condene; pues él por su parte no tiene memoria para acordarse y confesar tantos crímenes como ha cometido.

Acérese la hora del suplicio; ya todos desconfían de la salvación del reo, cuando una sola y única virtud que ejerció en su vida, abre camino á los auxilios de la gracia. Lo que no alcanzaron de Enrico ni el temor de la muerte ni el horror del infierno, lo alcanzan en un instante las lágrimas, los ruegos y las venerables canas de su anciano padre. Al verle y oírle, su alma empedernida se enternece y regala; resignase con la suerte que le espera, pide humilde perdón á Dios, y arrepentido y contrito, sufre muerte afrentosa para hallar eterna vida en la morada celestial.

Despues de cumplido el decreto del cielo, salvándose el protagonista del drama que esperaba clemencia, ¿cuál será el fin del desesperado? ¿Se salvará también? No, porque voluntariamente se apartó del buen camino, y no quiere tornar á él; no, porque á sabiendas luchó contra Dios, en vez de luchar contra el pecado; no, porque fué ingrato y desconocido á los favores del cielo; no, porque arrojó de sí todas las virtudes sin reservar ninguna; no, porque tenaz é injustamente desconfió, verá y no creará la salvación de Enrico, ó creyéndola pensará que Dios está obligado á salvarle sin que penitente y arrepentido le implore; y no en fin, porque fiado en el engaño del demonio, que él mismo provocó, olvidará la palabra de las Escrituras que aseguran al hombre el premio ó el castigo según sus obras.

No se crea empero que la Providencia le abandone: su condenacion ha de proceder del mal uso que haga de su albedrio. Sin embargo de tanta obstinacion, la gracia presará sus auxilios al infeliz Paulo hasta el último suspiro. Revelado le fué natural y milagrosamente el fin dichoso de Enrico, para que sabido, abriese su corazon al consuelo. ¡Mas ay, que fué en vano! La desconfianza y el orgullo endurecieron la voluntad contra los avisos del cielo. Paulo en fin, herido en una refriega, muere impenitente.

A nadie que conozca la doctrina, la fe y la idea predominante del siglo en que Tirso escribió este drama, le sorprenderá su desenlace, ni extrañará la impresion que debió producir en unos espectadores, que sabios ó ignorantes, llevaban su alma dispuesta y preparada á recibir las impresiones de consuelo y de terror que el poeta, tan creyente como ellos, quiso inspirarles.

Largo ha sido este análisis; mas no lo juzgarán tanto los que quieran apreciar con exactitud las obras de nuestros antiguos dramáticos, y aplicar á su estudio la crítica filosófica, hija de nuestro siglo. En una época de escepticismo, en que se desconocen las causas y efectos de una fe viva y encendida, es preciso analizarlos y explicarlos para que se entiendan, como se analiza y explica la historia civil y religiosa de los pueblos antiguos, cuyas sociedades y costumbres se quieren conocer, y cuyos autores clásicos estudiar.

Presentada y juzgada nuestra poesía popular y el teatro antiguo, que es parte esencial de ella, como objeto de estudio filosófico, y no como modelo de servil imitacion, ha contribuido no poco á conservar en la moderna el carácter nacional, y á separarla del exagerado y delirante sistema que mancha y oscurece con salvajes é inmorales creaciones las glorias literarias de la nacion que en mejores tiempos produjo un Corneille, un Molière y un Racine. Hasta ahora, y en buen hora lo digamos, apenas ha penetrado en nuestra escena el asqueroso, repugnante y atroz monstruo, hijo del desenfreno revolucionario que se pasea por toda Europa, y que no falta tampoco en nuestras ciudades. Algunos de nuestros ilustres y jóvenes ingenios fueron deslumbrados por el romanticismo malo; pero despues que estudiaron la poesía nacional, le abandonaron; y siguiendo el camino trazado por la buena crítica, produjeron obras que honran la presente generacion. Otros, escapándose por extremo contrario, creyeron que eramos ahora los mismos que fuimos trescientos años hace, y que para agradar al público, bastaba violar de propósito todas las reglas del saber y del buen gusto, introducir variedad de metros y cambiar muchos telones. A estos tambien desengañará el buen uso de la crítica, demostrándoles que por lo mismo que el actual siglo es ménos creyente, necesita en el teatro mas verosimilitud material que en el antiguo, y en fin, que como mas perito en la historia y las costumbres, no sufre anacronismos de ninguna especie.

En la actualidad, por ejemplo, no se toleraría un drama teológico como el de Tirso, dividido en dos acciones casi diversas, y lleno de medios sobrenaturales y de escenas y situaciones desligadas. En el día quien intentase renovar este asunto, necesitaría poseer mucho conocimiento de la actual sociedad, mucho ingenio y mucho tino práctico de la escena; tendría que concebirlo de otro modo, y que buscar en la razon medios supletorios á la falta de fe; tendría que inventar recursos de verosimilitud é interés dramático mas análogos á nuestra manera social, y á la idea predominante del siglo; y tendría en fin que hallar para España el *Fausto* que Goethe produjo para su país. Acaso ya poseeríamos esta obra maestra acomodada á

nuestro carácter, si el distinguido autor del *Alfredo* estudiara el teatro antiguo español, como es capaz de hacerlo cuando quiera. Siguiendo otros excelentes ingenios la senda que llevamos trazada, produjeron á *Cárlos el Hechizado*, *Doña Marta de Molina*, *Los Amantes de Teruel*, *Rosmunda*, *Fernando el Emplazado*, *Bárbara Blomberg*, *D. Alvaro*, *El Trovador* (1), con otros muchos dramas históricos y novelescos de diversos jóvenes apreciables por sus talentos, donde se conserva el tipo característico nacional, y se percibe el estudio de nuestra antigua poesía popular, modificada empero por el influjo que la moderna civilizacion ha introducido en las costumbres, creencias y necesidades sociales.

Réstanos algo que decir sobre las bellezas de detalle contenidas en el drama de Tirso: bellezas que por hallarse en la naturaleza general, no dependen de los cambios de opiniones ni de ideas. Es admirable, por ejemplo, la exposicion con que el ermitaño Paulo abre la escena. (Pág. 184 y siguientes.) De esta hermosísima égloga puede con razon decirse que exhala el perfume de las flores, el ambiente puro de eterna primavera, y la paz de las cabañas de los primeros patriarcas. Delicada y tierna es la escena donde el ángel pastor se presenta en busca de la oveja perdida (pág. 194), y para quien, esperando reducirla al rebaño, va tejiendo una guirnalda de flores. ¡Cuán bello contraste presenta con el diálogo en endechas, en que el ángel ya casi desanimado, se aparece de nuevo á Paulo deshabiendo (pág. 204) pausadamente y pesaroso la misma corona que para él formó! Si en la primera brillan destellos de esperanza, en la segunda reina un indefinible sentimiento de terror y compasion que conmueve las almas mas duras é insensibles.

Digna es tambien de notarse aquella en que Enrico asistiendo á su anciano padre le regala y consuela, absteniéndose de cometer un asesinato, porque habia de ejecutarlo en un hombre cuyas canas le recuerdan las de aquel á quien debe su existencia. Llenos de verdad son los lances de la cárcel, donde con vivos colores se retrata lo que pasa allí con los foragidos. Mas sobre todo, es maravillosa la idea contenida en la escena donde el demonio ofrece á Enrico su libertad, y este la rehusa escuchando la voz del cielo que le detiene. En igual trance y situacion, doscientos años despues presentó Goethe á Margarita en su drama de *Fausto*, tomando tambien su argumento de una tradicion popular religiosa.

En fin, en este drama como en todos los del autor, son importantes y reparables las escenas donde retrata costumbres campestres, malicias aldeanas, desafueros de bandidos y ruñanes, y torpezas deshonestas de las malas mujeres. En todas partes ostenta Tirso un profundo conocimiento de la naturaleza y de la moralidad de las acciones. Así en esto como en fuerza cómica, en aprensiones felices, en la pureza de lenguaje, en agudeza del diálogo y en riqueza y soltura de versificación no tiene rivales este poeta, y puede presentarse por modelo á cuantos quieran adquirir dotes tan apreciables y necesarias para distinguirse en el teatro y obtener merecidos aplausos. ¡Ojalá nuestros jóvenes ingenios imiten á Tirso en tan buenas y sobresalientes cualidades, y no en aquellos extravíos propios de su tiempo, que si entonces pasaban de incógnito, en el día nadie pudiera tolerarlos!

(1) En algunos de estos dramas quizá se ha sacrificado en demasia á circunstancias transitorias la verdad de los caracteres históricos y la idea de la época; mas, quien hay que se prometa en un espectáculo, esencialmente popular, hacerse comprender del público, sino á costa de tales concesiones y sacrificios? Ni Calderon, ni Shakespeare, ni Racine, ni Corneille, ni Voltaire, ni Eurípides, ni Sófocles, ni aun Homero, retrataron sus héroes tales como fueron estos en la época en que existieron, sino tales como podían concebirse y entenderse por el pueblo y el siglo ante quienes se presentaban.

INDICE.

	Páginas		Páginas
PRÓLOGO DEL COLECTOR	v	El Amor y el amistad	228
ARTÍCULOS BIOGRÁFICOS Y CRÍTICOS ACERCA DE FRAY GABRIEL TELLEZ Y SUS OBRAS.		Privar contra su gusto	246
I. Del Sr. D. Agustín Durán	xi	Celos con celos se curan	264
II. Del Sr. D. Ramon de Mesonero Romanos	xvi	El Amor médico	284
III. Del Sr. D. Alberto Lista	xxii	Don Gil de las calzas verdes	402
IV. Del Sr. D. Francisco Javier de Búrgos	xxvii	Amar por arte mayor	425
V. Del Sr. D. Francisco Martínez de la Rosa	xxx	Marta la piadosa	442
VI. Del Sr. D. Antonio Gil de Zárate	xxxvi	Amar por señas	462
CATÁLOGO RAZONADO DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS DE FRAY GABRIEL TELLEZ.	xxxvi	Desde Toledo á Madrid	482
COMEDIAS.		Cautela contra cautela	501
Palabras y plumas	1	La ventura con el nombre	519
El Pretendiente al reves	21	En Madrid y en una casa	538
La Villana de Vallecas	44	Los balcones de Madrid	556
El Castigo del pensèque	70	El Burlador de Sevilla y Convidado de piedra	572
Quien calla otorga: segunda parte de El Castigo del pensèque	93	El Rey don Pedro en Madrid y el Infanzon de Illescas	591
La Celosa Mari-Hernandez	109	El Celoso prudente	612
La Celosa de sí misma	128	La Huerta de Juan Fernandez	635
Amor y celos hacen discretos	130	Del enemigo el primer consejo	652
Amar por razon de estado	166	Averigüelo Vargas	668
El Condenado por desconfiado	181	Los Amantes de Teruel	690
El Vergonzoso en Palacio	204	APÉNDICES.	
Por el sótano y el tornio	228	I. Jornada tercera de la comedia titulada <i>Lo que hace un manto en Madrid</i>	700
Esto sí que es negociar	248	II. Fragmentos 1.º, 2.º y 3.º de la comedia titulada <i>El Rey Don Pedro en Madrid</i> , incluida en una quinta parte de <i>Comedias de Calderon</i> , impresa en Barcelona año de 1677	716
No hay peor sordo	265	III. Observaciones acerca de la comedia titulada <i>La prudencia en la mujer</i> , por D. Agustín Durán	719
La Prudencia en la mujer	287	IV. Exámen de <i>El Condenado por desconfiado</i> , por D. Agustín Durán	720
La Villana de la Sagra	307		